

# Un Congreso Nacional de Esperanto

**C**uantas más lenguas se hablan en el mundo, menos nos entendemos. Es probable que rastremos ese problema desde los tiempos de la torre de Babel. Por eso, un buen día —desde entonces ha llovido también bastante—, el doctor Zamenhof dedicó crear un idioma común e internacional llamado esperanto. Pero el movimiento esperantista no se ha extendido por igual en todos los países, ni ha experimentado el incremento que se esperaba.

En julio de 1967 se celebró en Zaragoza el XXVIII Congreso Nacional de Esperanto, y ya entonces se puso de relieve que en España había alrededor de mil esperantistas, doscientos de los cuales residían en Zaragoza. O sea, que la capital aragonesa estaba más abierta al idioma común que el resto de nuestro país. Nicolás López Escartín me ilustró de las tareas congresuales, que prometían ser muy interesantes. En la reunión que mantuvimos se encontraban presentes: el presidente del congreso, Miguel Sancho Izquierdo; el secretario, José Andrés Aldama; los vicepresidentes, doctor De Lapuente y Víctor Ortiz, y el secretario, José Andrés Aldama.

—Estos congresos —me informaron— se celebran todos los años, en distintas capitales españolas, con el fin de intercambiar opiniones, tratar de problemas comunes y de las líneas de actuación que convenía seguir.

—¿Por qué hay tan pocos esperantistas en España? —Existe cierta apatía, y no sabemos el porqué. En otros países mucho más pequeños que el nuestro, el movimiento esperantista es importante y absorbe la atención popular.

Se luchaba contra la indiferencia reinante, y para crear ambiente favorable se organizaban, además de los congresos anuales, ciclos de conferencias y toda clase de actos tendentes a promocionar, por todos los medios, el idioma internacional. Funcionaba, ya por aquella época, una Federación Nacional de Esperanto, a la que pertenecían algunos grupos locales, considerados filiales. Se confiaba en ellos como la mejor siembra. Se quejaban, sin embargo, de la falta de información. La Federación Aragonesa abría sus puertas en la avenida de Marina Moreno, 35 —más tarde, avenida de la Constitución—, y se contaba asimismo con un club. No había barreras, sino todo lo contrario. Se facilitaba el camino, de inmediato, a todo aquél que mostrara el mínimo interés por el idioma común.

—Es fácil de aprender —afirmaban—, porque con un número pequeño de palabras raíces es posible decir muchas cosas. A los dos meses de empezar a estudiar esperanto, uno puede encontrarse en disposición de cartearse con otros esperantistas del mundo. Todo esto, en lo básico. El idioma completo puede aprenderse en un año.

—En España, ¿hay muchas publicaciones traducidas al esperanto?

—Editamos un boletín, y son traducidas al esperanto muchas obras importantes. Es el sistema de llegar a todo el mundo, hasta el país más remoto. En la Laguna (Canarias) tenemos la Editorial «Stafeto», uno de las más importantes en el idioma que defendemos, pues lleva publicados más de cien volúmenes.

Precisamente conocí y traté, pocos días después, al director de la importante editorial, Juan Régulo Pérez, que era, a la sazón, el primer catedrático es-



La figura del doctor Lázaro Luis Zamenhof, lingüista polaco, creador del esperanto, se esgrime siempre como bandera en todos los congresos

**En España sólo había un millar de esperantistas, de los que doscientos se encontraban en Zaragoza, que ya es decir. Por eso, en julio de 1967 se celebró en la ciudad del Ebro el XXVIII Congreso Nacional de Esperanto, en los locales de la Facultad de Medicina. A las sesiones asistió Juan Régulo Pérez, el primer catedrático español de esperanto, que dirigía en La Laguna la editorial «Stafeto», en la que había publicado casi un centenar de libros.**

pañol de Esperanto, perteneciente a la Academia que el citado idioma tiene en París. Impartía clases en la Universidad de La Laguna.

—Sí, es la única cátedra de Esperanto existente en España —me confirmó con cierto orgullo.

—¿A qué se debe tal singularidad? —Su creación depende del claustro de profesores. En La Laguna no hubo inconveniente alguno.

Sacó a colación un decreto de 1911, en virtud del cual se puede enseñar esperanto en los colegios, institutos y universidades, siempre que exista un profesorado competente dentro de esta especialidad.

—El decreto continúa en vigor —dijo—, por eso se enseña también esperanto en Madrid y Barcelona.

—¿Cuál es el funcionamiento de la primera cátedra dedicada al idioma internacional?

—La enseñanza está dividida en dos cursos. Primero se estudian los principios fundamentales del idioma en cuestión. Después, el arte y la literatura en esta misma lengua.

—¿Hay una historia del arte y la literatura esperantistas?

—Por supuesto, si consideramos que en nuestra biblioteca de Londres se agrupan más de treinta mil volúmenes escritos en esperanto.

—Profesor, usted también es editor y escritor esperantista. ¿Qué significa la denominación «Stafeto» dada a su editorial?

—Tiene el valor del relevo olímpico. Hubo una editorial con ese nombre en Budapest, que se vio obligada a cerrar. Yo recogí la antorcha. Por lo demás, contamos con una literatura que justifica por sí so-

la el estudio del esperanto. Vivimos un experimento que sólo tiene un antecedente en el latín, durante la Edad Media. Somos los portadores de una cultura de amplitud planetaria. Actualmente se editan libros en esperanto en todos los países. Lo importante es que estas palabras de esperanto se conviertan en conceptos, en ideas funcionando.

El movimiento esperantista no acababa de pegar, sin embargo. Y eso que siempre ha tenido a su lado grupos fieles de hombres y mujeres, muchos dispuestos a impulsar ese vuelo que nunca llega a ser definitivo.

—Algunos sostienen que los esperantistas defienden un ideario político determinado.

—Nada de eso, ya que el idioma internacional sólo busca la comunicación entre todos los seres humanos, sin esfuerzo alguno para entendernos.

## Un diccionario editado por la Academia de la Lengua Esperanto

Un Congreso Nacional servía, como es de suponer para poner el día todas las cuestiones que podían ofrecer dudas o precisaban de las correspondientes aclaraciones.

Juan Régulo Pérez habló como el primer catedrático español del idioma internacional y también como miembro de la Academia de la Lengua Esperanto, con sede en París.

—Es una institución semejante a la Academia de la Lengua Española —aclaró—, pues tiene el deber velar por la pureza del idioma, al tiempo que responsabilidad de buscar las raíces necesarias para introducir nuevos vocablos de carácter técnico científico, según nos lo demanden nuestros tiempos y el progreso.

—¿Cuántos académicos son? —Cuarenta y cinco, un tercio de los cuales se renueva cada tres años.

—¿Editan su correspondiente diccionario?

—Hay varios diccionarios de esperanto. Entre ellos el oficial, editado por nuestra Academia de la Lengua, en el que figuran las raíces del idioma internacional.

—¿Cómo se eligieron estas raíces?

—Buscando preferentemente las de mayor internacionalidad. El doctor Zamenhof tuvo en cuenta una circunstancia, de manera que el esperanto pudiera ser inteligible, sin grandes esfuerzos, a gentes que hablan otras lenguas.

Pues ni por esas.

## en el tintero

Incomprensiblemente, el esperanto sólo llegaba a una minoría de personas. Los esperantistas propiamente dichos podían contarse con los dedos. Para muchos jóvenes de entonces, el idioma internacional carecía de porvenir y no merecía la pena estudiarlo. Qué lejos de las intenciones de Zamenhof, el creador de ese idioma internacional, que buscaba acabar con esta torre de Babel que continúa siendo este mundo que habitamos.

En España, según me contaron, el esperanto tenía vida oficial desde la Monarquía de Alfonso XIII; fue el primer gobierno que lo reconoció. De

ahí que llegara a enseñarse en colegios, institutos y hasta en universidades; pero siempre como una excepción, sin llegar a generalizarse la enseñanza.

El XXVIII Congreso Nacional de Esperanto celebrado en Zaragoza del 18 al 23 del mes de julio de 1967 reunió a unos trescientos congresistas, que se dieron cita en el Palacio Provincial.

Por unos días, se habló del futuro que aguardaba al idioma internacional, la lengua común.

—Sabido esperanto —me dijeron—, uno puede ir tranquilo por todo el mundo, que siempre encontrará quien le entienda.

Se olvidaban de añadir que, previamente, debería contactar con otro esperantista residente el país o países que se disponía visitar. En este aspecto, no había problemas, porque el esperanto llega, efectivamente, a todos los confines de la tierra, aunque sea en su mínima expresión.

Indudablemente, el hecho de que un idioma internacional de esa naturaleza no se haya propagado más se debe, fundamentalmente, a que los respectivos gobiernos no le han prestado la atención debida, y menos aún el apoyo necesario.

De bien poco sirven, pues, los sucesivos congresos que se celebren,

mientras no se logre interesar a los de arriba. No obstante, el esperanto continúa ahí, con la finalidad de ser más que una simple moda, como algunos lo han considerado en las diversas épocas. Y menos, todavía, un movimiento propio de determinadas ideologías.

Indudablemente, continúa siendo una utopía que todos lleguemos a hablar un día el mismo idioma, además del propio, porque la cultura de cada pueblo debe ser conservada contra viento y marea, como la herencia más preciada.

Por eso, al cabo de los años y de los siglos, seguimos sin entendernos.